

HOJAS DE PAPALGUINDA

Por Antonio PEREIRA

Es injusto (aunque comprensible) que en la ciudad se produzcan acontecimientos culturales de magnitud desusada y la gente, el común de vecinos, apenas se entere. Comprensible, porque tales sucesos acaecen en una parcela limitada. Pero lo repetimos: es injusto.

Yo mismo me acuso de que la incitación para esta breve glosa me haya venido en Madrid, paseando por las calles de Moncloa y Argüelles, barrio con creciente censo de librerías. En alguna de ellas, y señalado como novedad atrayente, el volumen recentísimo de Waldo Merino: "Arquitectura hispano flamenca en León". (Que, por supuesto, no falta en los escaparates de nuestra ciudad).

A Waldo Merino lo tengo yo por una de las cabezas más sólidas entre las que cavilan por nuestro antiguo reino. Lo que pasa es que no se prodiga en conferencias: no entra en jurados literarios, no escribe en los periódicos -reproche que le hago a él y a los periódicos-, confirmando nuestra sospecha de que la actividad cultural leonesa, reducida a unos nombres respetables pero escasos, está bien lejos de utilizar al pleno su propia potencia.

Los entresijos de la obra -sus cimientos bóvedas, arbotantes...- deberán quedar para plumas más autorizadas y críticas. Pero ya nos atrevemos a festejar su carácter de monumento leonés, necesario, al mejor entendimiento de nuestra arquitectura. Y también, de aquel tiempo en que León estaba tan dentro de lo que se entiende por civilización europea. "Durante doscientos años -cuenta un historiador- se arrastrarán más piedras que en Egipto o en cualquier periodo de su historia". Se refiere a Francia, pero vale para toda la cristiandad, y, naturalmente, para los hispanos, metidos de lleno en el "desarrollo" de entonces.

Da respeto pensar que algunas de tales piedras, escogidas y colocadas con arte, sean las que hoy vienen a admirar nuestros visitantes, las que nosotros vemos al pasar de cada día, acaso con la indiferencia que presta la costumbre.

TENGO en mis manos un periódico, todavía comunicante de tinta fresca. Acaso para usted, amigo lector, el interés haya arrancado de las páginas internacionales, o de la polémica sobre el porvenir político de España, o de la Bolsa, o de su deporte favorito. Yo me he quedado -lo confieso- en un rinconcillo de letra menuda. Es un tipo de noticia que, admitiendo variantes de lugar y de otras circunstancias, reaparece cada cierto tiempo, con obstinación: Un ciudadano -o ciudadana- se ha mostrado renuente al viaje definitivo, protestando, por más que sea débilmente, desde el mismísimo ataúd.

Y ahora, señores: ¿Qué hubiera pasado si las quejas del "difunto" se hubieran producido en cualquier momento de su soledad, muy posible a lo largo del velatorio? ¿O si el familiar inseparable hubiera aceptado que todo era fruto de su propia imaginación, castigada por las horas dramáticas? De que el despabilo aconteciera "después", uno prefiera no hablar.

Miren, yo he tenido siempre esta preocupación. Pero hay gente que se ríe de mis aprensiones. Me confieso a un médico amigo y me despacha por el lado de lo anecdótico y pintoresco; hablo con colegas de la pluma y pronto sale la inevitable referencia a Poe. Alguien me ha dejado, acaso con ironía, un libro que aún conserva dentro de sus páginas amarillentas la factura de Isart Durán Editores, Barcelona, 4 pesetas más 0,40 por el reembolso. Es del profesor Huber, bajo un título directo y erizante: ¡Despertar en la tumba!" Trae ilustraciones románticas, ejemplos que pueden parecer folletinescos. Y un apéndice en que a imitación de cierta famosa sociedad londinense contra los enterramientos prematuros, se proponen las bases para su filial barcelonesa. (Que ignoro si llegó a fundarse). Pero en el fondo, lo sustancial de aquel libro del 1915, a mí, por desgracia, me sigue valiendo.

-Entonces, ¿qué es lo que se le ocurre a usted?-. Y suelen llover las soluciones de tertulia.

Nunca faltan los testamentos apresurados -"Que me atraviesen el corazón, que me hagan esto y lo otro"-, con la consiguiente discusión entre los que dicen que sería suicidio y quienes alegan que de eso nada, puesto que a uno ya le han dado por muerto, ¡como que lo van a enterrar! Y el establecimiento de depósitos mortuorios o antesalas durante cierto tiempo. Y la invención de aparatos salvadores para instalar dentro de las tumbas, con timbres de alarma... Yo mismo (con rubor) llegué a formular mi proyecto: En el propio cementerio, al igual que suele haber un capellán que dirige el último rezo, podría contarse con un facultativo que en discreto examen confirmase el fallecimiento, trámite previo e inmediatísimo a la inhumación. Este acto, realizado 24 horas después de la primera certificación, añadiría mucha tranquilidad. Pero puede que sea una idea tonta. Además, a los que tienen ideas así

se les llama, por extensión "arbitristas". Y no.

En fin. Yo creo -quiero creer- que el nivel actual de la ciencia permitirá la distinción pronta y neta entre lo que es muerte real y muerte aparente. Confío -con todo fundamento- en la competencia y honestidad profesional de quienes comprueban las defunciones. Y acepto que dentro de los miles y miles de ciudadanos que cada año llegan al término de su viaje, se cuenten raros, rarísimos casos que interrumpen la correcta regla general.

Pero claro, lo que se ventila es tan serio, que aunque sean pocas veces... Aunque sea una sola vez...